

la sensibilidad? Este tipo admirable, puro, posible sólo en nuestros días: el snob, es decir, el inquieto fraacado, el que consagra, sin necesidad del auxilio material, el afán de cualquier búsqueda del espíritu...

La Rotonde ha llegado a ser, después de las transformaciones que su éxito mundial le ha impuesto, no importa como qué café de París. En aquel ángulo de los bulevares de Montparnasse y Raspail todo un mundo exótico, extravagante, elegante, indisciplinado, convencido, escéptico, ha cambiado el encanto de su bohemia ortodoxa que conocimos, los

roja, el nombre más... un americano mormón, llegado bajo el imperio de Napoleón III, con sus quince mujeres y sus cuatro docenas de hijos, un gaucho auténtico tirando el lazo al cuello de su mujer, desde lejos... El Dôme, el café de enfrente, pertenecía a los extranjeros ricos, a los noruegos vendedores de bacalao, a unos cuantos estetas de Berlín, a unos cuantos profesores de Massachussets, a unas inglesas largas y feas que predicaban el feminismo y no tomaban más que whisky and soda; a unos estudiantes de Cambridge University, derrotados en el

ros, Apollinaire, André Salmón, llegado de San Petersburgo hacia poco; Pablo Picasso, Jean Cocteau, Mlle. Vassilieff, M. y Mme. Delaunay, fué tocado por la gracia y entonces se bautizó en la capilla de Notre-Dame-des-Champs. Las «manos azules» de Picasso ampararon el espíritu del poeta... Van Dongen comía «la vaca enrabada» entre una y otra humorada melancólica y profunda. La guerra dispersó todo aquel mundo heterogéneo. Otro mundo pobló las bancas del café; otras inquietudes — inquietudes de ocio, de alar-

movimiento de un alfiler hubieron en el flanco de una mejilla artificial. Y luego los «bals-mussettes» tras la función del cinema en la calle de Rennes y la taza de Viandox en la terraza de la Rotonde. Y las mañanas de la Grande-Chaumiére, en la Academia en que todo los artistas se improvisaban revolucionarios con una punta de carbón en los dedos... Diego Rivera era el pintor de México y sus teorías habían tenido el prestigio del escándalo en Madrid. Ortiz de Zárate, «el solo patagón de París», saludaba a sus amigos de Buenos Aires en pequeñas tarjetas postales, con la tour Eiffel, la Gran-

De RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Para LA RAZON

(CONTINUA EN LA Pág. 2)

## REALIDADES

# PALABRAS ARABES

Cartes, lejanos, como detrás de una máscara, los moros lanzan sus palabras camaleónicas.

Dicen algo que está escrito, siempre escrito con sus caracteres serpenteantes, que se pliegan, se arrastran, se humillan, y de pronto se yerguen como serpientes enguizcadas.

Una cosa balbuciente y a la par precipitada hay en esas palabras, en que las notas agudas y graves se mezclan con gran desentono.

Es sorprendente oír esa especie de lengua del pasado, de la incivilización, de la erudidad, que todavía campea y repite sus palabras con notoria fuerza.

Los cuchillos del postre, en la au-

de gratitud eterna que da escalofrío.

Yo voy al soldado español fiándose de esas promesas, entendiendo lo que dicen los seres encapuchados, demandándoles auxilio en los momentos difíciles, buscando las palabras oportunas en los manuales desencuadernados.

Frente al uso que del manual de la conversación se hace en los pueblos del turismo europeo, pidiendo orientación a un transeunte, esos manuales para la guerra son entristecedores. Con ese manual para hablar al moro, el soldado extraviado en las horas aciagas de la guerra no podrá preguntarle: «¿Por dónde iré para ponerme en salvo?»; sino que

trazo de cada palabra, veremos que está trazado con vibreznos.

La taquigrafía que parece el árabe escrito, tiene también una interpretación muy compleja, pues escrita en un instante como toda síntesis taquigráfica, bullen en sus signos innumerables palabras, todo un discurso.

Las palabras árabes son siempre el modo de entretener al alma en el asueto de su ferocidad.

Son artificio enervador, en el que no se cree, música de flauta, cuento capcioso de las mil y una noches, con que ellos mismos entretienen al instante sanguinario. Precisamente, en ese contraste se hacen más buidas.

tras tierras los que después fueron refranes castellanos. Es pura hortaliza mora el refrán.

Su malicia, su burlona picardía, su palurdismo poltronazo están agravados en los refranes conservados sin desgaste por la morería. El «que no te la den» que hay en el refrán, vive más alerta que nada en los refranes moros, verdaderas chumberas de la tierra meridiana, casamatas de los cachazudos y perezosos moros, sorna chabacana contra todo desinterés. Con sus palabras hechas de puntos y comas — grandes comas del tamaño de paréntesis — dicen esos refranes en que se encarceran verdades como puños.

Envueltos en sus refranes, con ellos por contestación se comprende que sea difícil entablar negociaciones de ninguna clase con el moro, pues su chalaneo blindado de refranes es casi imposible de traspasar.

Para que su enconchase en refranes sea más firme, en sus azulejos y en sus arabescos, el refrán les vigila, se les hace presente, repite como prescripción de vida la característica torvedad desconfiada, trabucadora y sísmosa de su raza.

Parecen fantasmas que no tienen habla esos seres empuñados y envueltos en la sábana de los fantasmas; pero sorprenden oírles desenvainar su voz dotada de la malicia de las palabras.

Al hablar, son algo legendarios y rizan sus oraciones y trasponen el asunto de tal modo, que todo comienza en ellos a modo de cuento, a modo de fábula con su moraleja y todo.

Brotan en sus labios las frases con facilidad engañosa, y los intérpretes las recogen y las colocan en las bandejas de la traducción. En los tes de la conversación son tan exóticos sus dulces como sus palabras.

Siempre en ellas se ven los rati-magos de la escritura y revuelan sobre ellas los puntos de una pronunciación agudizada.

En la charla con el moro se va viendo cómo el fantasma se torna macizo, tanto que, por su peso de realidad, parece haber convertido sus zapatos en babuchas, con el tacón y el contrafuerte aplastados hasta formar la chancleta.

De su conversación queda como un eco de palabras halagadoras y un fondo pertinaz de traición. Irreducible crueldad de raza, amenaza de raza, corvedad de raza, ha habido en sus palabras. En el almíbar de los dulces escarabados de la nevada azúcar ha habido un fondo de acíbar.

طول عمر ما تنسى شرب هذا الخبز  
لك واسيتك فرب

من يغسل حمارا  
بجسد  
الها والصابون

TUL AMERI MA NENSA XI HATH EL JIR  
EL-LI UASITU FIIA

El que lava al burro, pierde el agua y el jabón

La longitud (de) mi vida no olvidaré este el-bien que lo-realizaste en mí

(Jamás olvidaré el beneficio que usted me ha hecho)

stencia del huésped, son afilados ahora y se les saca punta como a puñales. Toda la decoración cambia en la soledad del moro dedicado a sí y a su familia. En cuanto el hombre de la otra raza y de la otra religión se ha alejado, comienzan a levantarse cortinas y van saliendo en las silenciosas zapatillas de las babuchas, mujeres irreconciliables con las visitas, bigardos, viejos tíos del señor de la casa que se hospedan en alcobas lejanas.

España está, por todo eso, frente a un lenguaje que no entiende y de que no puede fiarse, lenguaje que promete y que después no cumple, lenguaje en el que se refugia lo indomable, lo inevitablemente feroz, lo que no puede dejar de ser traidor.

Hay manuales de la conversación para el soldado que dan pena. Sus preguntas son francas, sinceras y leales; pero en las contestaciones usuales del moro hay una seducción insinuante y una promesa excesiva

tendrá que preguntar: «¿Por dónde se va a la prisión ensañada, en la que recibí el mal trato de aquellos que corocí en el mercado y que me prometieron gratitud eterna?»

Yo escribiría un manual de la conversación con el moro en que toda la intención de cada frase estuviese aclarada entre paréntesis; y así cuando, por ejemplo, se presenta esa frase tan mora de: «Jamás olvidaré el beneficio que usted me ha hecho», escribiría como según la traducción: (Olvidaré al instante el beneficio y serviré para avivar la envidia de mi venganza).

Hay que desenvainar de su vaina repujada la curva y afilada gumba de cada pensamiento. No puede dejarse nada a la interpretación directa y profunda, pues si seguimos el

más dulces, más poéticas las palabras.

Sólo se descubren en lo que tienen de sagaces engañadores y de sarcásticos vividores de la realidad, gracias al texto de sus refranes.

El refrán moro es el refrán en toda su plenitud, pues ellos fueron los que dejaron plantados en nues-

نعلم قول لا ادري بانك وان قلت  
لا ادري علموك حشر تدرى وان قلت  
انرب ادري سالك حشر لا تدرى

Aprende la palabra «no sé»; porque si dijese «no sé», te enseñarán hasta que sepas; y si dijese «yo sé», te preguntarán hasta que no sepas

اشر من طريقنا هذا

AX MEN TREK NAJOTHHA

¿Qué de camino yo-lo-tomaré?

(¿Cuál partido tomaré?)

اشر تدبير علي نعل

AX TDABBAB ALIA NAAMEL

¿Qué aconsejas sobre mí haré?

(¿Qué me aconsejas que haga?)

Gomez de la Serna